

LA PRODUCTIVIDAD: SU VALORACION SOCIAL

HECHOS SOCIALES

TAMALA es una pequeña tribu que vive en la isla de Madagascar. Su principal riqueza y medio de vida es el arroz. Todavía no hace muchos años que lo cultivaban en secano. Para ello cortaban y roturaban la selva en una extensa zona y en ella plantaban sucesivas cosechas hasta que el terreno quedaba exhausto. A partir de este momento, aquel lugar era abandonado y durante treinta y cinco o cuarenta años la selva volvía a dominar la tierra, mientras nuevos lotes eran preparados y cultivados.

Durante siglos, la estructura social de aquel grupo prescindió de toda diferenciación. De un modo constante las aldeas se trasladaban para situar sus viviendas a una distancia razonable del arroz. Las únicas divisiones reconocibles fueron las de familias y linajes.

La llegada de una nueva era fué marcada por un pequeño avance técnico. Las tribus limítrofes aprendieron el cultivo del arroz en regadío y este cambio dió lugar a varias consecuencias fundamentales. Se precisaron menos hombres para el cultivo. La tierra pudo dividirse, cesando con ello la socialización y apareciendo la propiedad con su correspondiente estatificación o división de clases sociales. Los matrimonios se hicieron más permanentes, las ambiciones más crecidas, y en general todas las instituciones cambiaron. Comercio, dinero y administración toman nuevos derroteros.

Clima, condiciones temperamentales, económicas e históricas, pue-

den influir tan intensamente sobre la actitud que un pueblo toma con respecto a los modos y maneras de hacer, que los resultados de cada método pueden ser excelentes o contraproducentes según las sucesivas reacciones que en él se vayan produciendo.

Hoy se da poca importancia a la *orientación* en la vida de los pueblos y de los individuos, y sin embargo ésta equivale a un fino decantador que puede discriminar lo más valioso de cada idea. Lo bueno y lo malo, lo envidiable y lo temible, lo bello y lo feo no son más que conceptos relativos, cuyas cualidades positivas o negativas dependen casi exclusivamente de como estemos orientados en los momentos de emitir el juicio y del punto de vista de que partamos.

A principios del siglo XX, Inglaterra, cuna del maquinismo, parece adormecerse algo con el opio de sus grandes empresas colonizadoras. Como contraste, Alemania busca en su técnica o industria un medio de fortalecerse e imponer su dominio, mientras que Norteamérica, como pueblo joven y expansivo, evoluciona rápidamente ayudado por sus extraordinarios recursos naturales. Es decir, las naciones del norte y los anglosajones introducen nuevas fórmulas en su economía, que produce en ellos un estilo y nivel de vida que les diferencia netamente del Oriente y de los países latinos y sudamericanos. Estos últimos limitados a su artesanía y agricultura creen de momento posible vivir de un modo próspero manteniendo un intercambio favorable con las necesidades de los países industriales.

Bruscamente las dos guerras mundiales cambian completamente este panorama. La escasez de alimentos, la facilidad de comunicaciones, los aumentos de población, la generalización del nivel medio de vida, etc., introducen dentro de cada economía problemas que sólo una industria muy floreciente puede resolver.

A raíz de ambas guerras, como en oleadas sucesivas, atraviesa el Océano Atlántico la doctrina y la experiencia industrial americana que ellos dieron en llamar «American Know-How».

En 1920 estas inquietudes fueron conocidas bajo el título «Organización Científica»; después de la segunda guerra mundial ya es más popular la denominación «Productividad».

En realidad ambos conceptos han ofrecido a las economías europeas, devastadas por los años de lucha, los más poderosos instrumen-

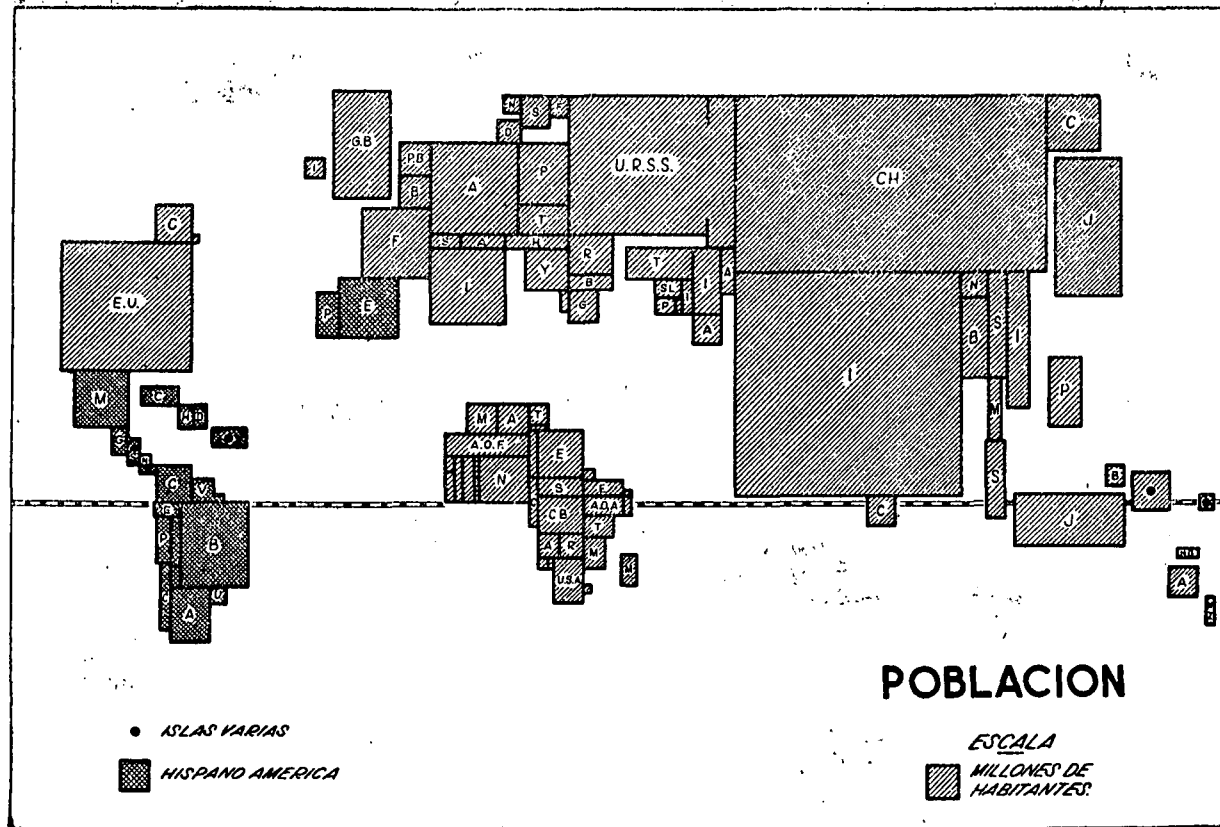
tos para la reconstrucción. Son nuevas teorías y procedimientos prácticos; medios y métodos los cuales durante los períodos citados impulsaron la riqueza de los Estados Unidos de una forma asombrosa.

Paralelamente con estos atrayentes avances a todos nos plantean el pavoroso problema, en el que el hombre hoy vive sumergido y cuyo origen es una irreconciliable lucha ideológica de dos mundos opuestos, que incluso geográficamente los identifican con América y Rusia. Ahora bien, si observamos el mapa demográfico que aquí adjuntamos, al relacionar estas masas con esta dinámica del producir, nos será dado intuir que hay algo más complejo y universal, sobre esta dualidad, que indudablemente tiene que influir en hechos venideros.

La productividad con sus aláteres, técnica, investigación, industrialización, estudios de mercado, etc., es una fórmula que dará origen a un impacto social tan real como lo tuvo el método de cultivo en el micro-ejemplo de Tamala, que en un principio citamos. La mayoría de los hombres agrupados en los distintos cuadrados de nuestro mapa no ignoran la fuerza y trascendencia social de esta arma, pero lo ven como un medio para llegar a distintas metas, y por otra parte comprenden, las dificultades que sus respectivos ámbitos geográficos y tradicionales les crean siendo como límites más o menos próximos, que condicionan su aplicación.

Si comenzamos por Europa, vemos que fuera de las naciones antes citadas, también Francia, Italia, Suiza, con países escandinavos, se incorporan a esta marcha tecnológica con bastante rapidez. Rusia y sus satélites adoptan el tono heroico e imperialista de imposición de los pocos sobre los muchos. En cambio en los países árabes y mediterráneos (excepción de Italia), todavía estamos en una situación confusa e indecisa. Es que la estridencia algo mecánica que caracteriza a esta moderna organización, parece como si no coincidiese con la fina idiosincrasia de países cuya sensibilidad se ha ido perfilando a través de épocas de riqueza, dominio o intensa espiritualidad.

Esta *no coincidencia* que actualmente tanto nos perjudica, en nuestro caso tiene causas muy lejanas, que nos conviene conocer en toda su crudeza y realidad.



Aspecto que tomaría un mapamundi en el que sustituyéramos las tierras por las cifras relativas de población.

Durante siglos, nuestras preocupaciones preponderantes siempre han sido temas muy alejados de la economía. Apenas termina la Reconquista, el descubrimiento de América nos hace creer en una vida fácil, que se esterotipia en el hidalgo aventurero.

Los perfiles imperiales y guerreros que nos deja Carlos V en uno de los momentos más brillantes de nuestra actividad ante el mundo, presentan en lo económico una situación desconcertante.

Toda idea de productividad y de trabajo queda relegada a grupos de mozárabes, judíos y negros, del mismo modo que la Banca y el Comercio pasan rápidamente a manos extranjeras. Pronto se demuestran que los trajines de Antonio Pérez, en la pérdida de Orán, dificultades de Don Juan de Austria, luchas de Málaga, Ronda, etcétera..., que nuestro país económicamente era un magnífico y monstruoso *bluff* donde la Hacienda parecía un inmenso cajón de sastre, en el que sus presupuestos e impuestos acumulaban dinero desordenadamente y éste rápidamente se gastaba o malgastaba. Así se organizan durante la dinastía austríaca la Real Licencia del derecho a pasar a Indias, la explotación de minas, los derechos de comercio en el nuevo mundo y la del régimen de flotas para pagar escoltas, etcétera, como recursos improvisados para resolver aquella situación. Las aduanas, que varios autores las situaron en distintos lugares, no existieron como tales hasta los Borbones; los impuestos interiores surgen imprevistamente según la necesidad, y sólo los comisarios reales de requisa de provisiones, que atraviesan con sus mulos de norte a sur la península, en la que todo eran dificultades, conocen con bastante precisión nuestra penuria económica. Uno de ellos, Don Miguel de Cervantes, en aquella recogida de ocho mil almudes de trigo y seis mil barriles de vino en Sevilla, da con sus huesos en la cárcel.

Siete siglos de lucha en la Media Luna y otros de caminar por las Indias, nos había dejado muchas tierras, pero muy poca gente con ganas de trabajarlas. Los que siguen diciendo que todo lo que no es humanidad es barbarie, olvidan que en 1980 tendremos más de cuarenta millones de habitantes con mayores exigencias que nunca, los cuales se enfrentarán con las realidades recientemente planteadas.

«La grandeza y aún la libertad de los pueblos está jugándose en estos momentos sobre el campo de producción. El pueblo que produzca será libre. El pueblo que no produzca será esclavo» (1).

DINÁMICA SOCIAL

El pueblo civilizado se distingue del aborigen en que por lo menos conoce su propia dirección. En estudios de motivaciones Ibn-Khaldún, hijo de padres sevillanos, nos dice en 1373 desde la famosa Universidad Mahometana de El Azhar: «Los grandes valles y las zonas templadas pueden crear elevadas civilizaciones». «Siempre la agricultura (productividad) abre las puertas, y los sobrantes o excesos son los que inician el intercambio y la riqueza». Ahora bien, también nos advierte que lo que es bueno como iniciación paradójicamente constituye en esencia el mayor peligro. «Estos climas dulces permiten atender en ellos a las cosas del espíritu, pero también hay un proceso ecológico que hace que éstos habitantes se debiliten y razas más fuertes se les sobrepongan y vengán a detentar sus poderes». «El nómada triunfante crea Estados, pero éstos son transitorios, porque en seguida aparece la ciudad, a la cual se unen los sedentarios que engendran inevitablemente la molicie, allí es donde se pierde el coraje porque se vive con exceso de seguridad.»

Seis siglos después Arnold Toynbee en su *Study of History*, nos ofrece ya una descripción más compleja de las fuerzas que actúan en estos procesos.

Para Toynbee el único resorte que puede izar a una masa humana hacia el progreso, y eventualmente hacia el poderío, radica en su intensidad de reacción ante los infortunios, los cuales, las más de las veces, tienen carácter geográfico.

La única fórmula que considera apta para el desarrollo genético de una colectividad puede condensarse en «desafío y respuesta». Para que un grupo actúe y venza, tiene que producirse un brusco choque

(1) Discurso del Ministro Sr. Girón a los obreros de la construcción (marzo de 1955).

entre raza y ambiente, debiendo ser éste ni muy favorable ni muy desfavorable para la minoría creadora y dirigente. A partir de este momento, es cuando puede iniciarse el desarrollo de los valores propios de aquel grupo, no siendo preciso que esta evolución se traduzca en expansión territorial, ya que ésta, la mayoría de las veces, es síntoma de desintegración. Vencer el desafío que nos rodea es progreso, cuando podemos trasladar el esfuerzo que aplicamos al exterior, a la lucha interior, en la cual formamos nuestra propia personalidad (fórmula mística), o bien el esfuerzo que el hombre precisa para vencer problemas materiales, emplearlo después en vencer las inquietudes morales (fase de autodeterminación según Toynbee).

Un ejemplo bien próximo de esta lucha, dentro de la idea moderna de lo que es vencer, lo tenemos en Suiza, país cuya producción agrícola era insuficiente para una población en continuo aumento, y que, dentro del tema que aquí tratamos, carece de grandes yacimientos minerales y carboníferos. Todo pronóstico hubiera sido desfavorable si al que se le dieran los anteriores datos no conociese la actual realidad. Pero el acierto de este país ha consistido en escoger los trabajos más difíciles, sobre cantidades mínimas de materiales, pero en los que la calidad constituye el factor principal. Evidentemente este propósito no supone únicamente tomar una decisión, sino que pide además el enorme esfuerzo de convertirlo en hechos, ya que esta era la única solución que podía permitir a esta pequeña nación, mantenerse en competencia con todos los poderosos países industriales que le rodean.

Rusia también conoce este camino: luchar y producir, pero indudablemente su mayor error ha sido el obsesionarse en conseguir una gigantesca expansión política y territorial. Nadie duda, por ejemplo, que el sueño nos es necesario para reponer nuestra vitalidad, pero sólo los enfermos son los que desean pasar todo el día durmiendo. Rusia del mismo modo, por intentar prolongar o introducir las inquietudes propias del trabajo, en la vida privada, ha formado en conjunto un país de sonámbulos.

PROBLEMAS PARTICULARES DE NUESTRO PAÍS

Concretándonos a nuestra actual situación y ponderando en ellas bien las dificultades de orden social, que las de carácter estrictamente económico, inmediatamente comprobaremos que hay una serie de pequeños imponderables que son en apariencia fáciles de destruir, pero que en la realidad nos mantienen atenazados y constituyen como un gran peso muerto que impide incorporarnos al ritmo de marcha a que todos aspiramos.

En primer lugar, lo que no podemos ignorar, es que la suma de recursos, puestos a la disposición de la humanidad, para subsistir con un cierto nivel de vida, no es ilimitada y está condicionada necesariamente en cada época y lugar según los siguientes factores:

- a) Por los bienes naturales disponibles.
- b) Por el desarrollo de la técnica.
- c) Por la existencia efectiva de los medios de producción.
- d) Por la duración de la jornada (número de habitantes que trabajan, productividad y utilidad de sus ocupaciones).
- e) Y por la falta de un auténtico estado de buena voluntad de los hombres entre sí.

Es cierto que tenemos riquezas naturales, pero éstas no se encuentran al alcance de nuestra mano. Es la estepa la que hay que convertir en vergel. Al mineral pobre aprovecharle hasta el último de sus productos. La hulla blanca, retenerla en los montes y es preciso que el artificio de las granjas, eleve su rendimiento para evitar que muchos productos alimenticios nos vengan de pequeños países superpoblados, como Bélgica y Holanda.

Tenemos riqueza, pero ésta se encuentra soterrada e incluso la fuerza creadora de nuestro factor humano, lo que Spengler denominó —Potencia Fáustica— capacidad de acción y de inventiva en lo físico y en lo económico, es más difícil descubrir bajo nuestro sol meridional que entre las brumas del norte.

En cambio tenemos que aceptar que estos últimos años han cambiado sensiblemente nuestros medios técnicos y de producción. En realidad en estos momentos los españoles somos simultáneamente ac-

tores y espectadores de algo nuevo que nace en nuestra comunidad. Se trata del complejo proceso que llamamos industrialización, planificación económica, productividad, etc..., el cual en el fondo no es más que la penosa inquietud que todos hemos sentido de elevar el nivel medio de la riqueza que disponemos. Ahora bien, estamos muy confundidos si creemos que industrializar consiste únicamente en levantar fábricas, muchas veces de un modo improvisado, ni tampoco debemos aceptar que el capital, la técnica y la maquinaria, por ser sus elementos esenciales, nos han de dar por simple contacto o asociación, la fuerza expansiva y permanente que necesitamos. Este criterio algo simplista que está más extendido de los que muchos se figuran, es lo que da origen a las más deprimentes reacciones y a que, ante los primeros fracasos, con facilidad se oiga la palabra «crisis».

Esto se debe a que durante estos últimos quinquenios, los que participamos en el proceso de producir, seguimos la línea de mínima pendiente, sin tropezar en el mercado grandes obstáculos, ya que en un principio todo estaba por hacer. Ahora lo que atravesamos es un período de transición. En esto nos semejamos a excursionistas que después de avanzar por los suaves repliegues de la montaña se encuentran ante la alternativa de detenerse y descansar en la umbría, limitando su horizonte o enfrentarse con las fuertes pendientes y preparar para alcanzar las cimas.

Hoy nuestras tiendas están llenas de objetos españoles, pero seguimos sin determinar la cantidad de horas indebidamente empleadas que ocultan en cada uno de ellos, ni el por qué de los jornales bajos. Nuestras mercancías de utilidad general son costosísimas en relación a la capacidad adquisitiva media, mientras somos, por el mismo motivo, el país que ofrecemos más baratos los objetos de lujo; sobre todo en aquellos casos en los que en su terminación interviene mucha mano de obra.

Además este aspecto, de aumentar nuestros medios de producción tiene como límite las posibilidades de nuestro ahorro (que son pequeñas) y su distribución. En cambio, el punto (d), duración de la jornada, todavía constituye una ingente mina apenas explotada, de la que probablemente se extraerá la transformación de nuestro país.

En efecto, mientras muchos se preocupan de lo escasos que son sus ingresos, pocos son los que se intranquilizan de los pobres, que son las herramientas que durante todo el día tienen en sus manos, y como consecuencia, el escaso valor absoluto que poseen los productos que nos ofrecen. «Nunca esperéis que por el andar os paguen mucho dinero», nos advirtió Ford, y por ahora la realidad no le contradice. La duración de la jornada española es corta, porque de los veintiocho millones, pocos son los que actúan sobre medios, oficios o conocimientos que crean verdadera riqueza, y aunque sus horarios son agotadores, sus resultados equivalen a pocos minutos de verdadera producción.

Este hecho y todo lo que afecta al punto (e) (relaciones humanas) esencialmente está en manos de los que dirigen.

Todavía la mayoría de nuestras empresas se encuentran adheridas a una época que podíamos llamar *feudal* (el patrón autócrata rodeado de colaboradores carentes de formación, y con un porvenir sin grandes esperanzas), sólo unas pocas fábricas parece que acaban de entrar en la época *funcional* de Taylor (1880) y en la administrativa de Fayol (1910), y por último, escasísima minoría, impulsada principalmente por el espíritu católico, se inclinan hacia la tendencia psicopsicológica y pedagógica que en 1934 propagó Elton Mayo, que demostró a raíz de la segunda guerra mundial un sinfín de posibilidades y promesas.

No es fácil para nosotros cambiar bruscamente esta situación, ya que no es la minoría *política*, sino la creadora y dirigente de tareas, la que tiene que comprender lo importante que es su papel en la dinámica «desafío y respuesta».

Esto que podíamos llamar cambio de responsabilidad, sigue el eterno proceso histórico de sustitución de «élites» siendo éstas producidas unas veces por lenta infiltración, *renovación*, y otras mediante repentinos cambios o bruscas transformaciones *revolución*, que crean siempre una aristocracia de mando, que ahora menos que nunca obedece al fenómeno de masificación que tantos han señalado, el cual sólo afecta a las costumbres y a los estilos de relación.

Actualmente, aun en los pueblos de socialización reconocida, siguen siendo los dirigentes unas minorías selectas, con idénticas

prerrogativas que las de cualquier plutocracia. Lo que sucede es que cambia en los mismos el tipo de función y así se traspasa la fuerza de los grupos clásicos; militares, políticos, intelectuales, religiosos, etc..., a otros grupos hasta ahora menos destacados, como son el de la alta burocracia, cuya importante intervención ya ha dado lugar a varios estudios en Norteamérica, y este de los jefes de empresa que es el que actualmente puede marcar el estilo de la nación.

Industrializarse como queremos nosotros, partiendo de cero, equivale a tomar un tren en marcha, salto que no debe intentarse hasta que no hayamos alcanzado su misma velocidad. Una política prudente, lenta, con grandes márgenes de seguridad y previsión, podrá ser aceptable para los momentos de plena normalidad, pero no lo es para nosotros, que estamos en el principio, y muy lejos, por tanto, de la modesta meta que nos hemos propuesto.

Lo más peligroso en estos momentos es tener dudas y titubeos. Impulsar conscientemente la productividad es la mayor defensa contra la inflación, pero sin ignorar que la industria hace el que ante nosotros parezcan nuevas tareas, y si éstas son pensadas para pigmeos o para gigantes, en vez de para hombres normales, en seguida produciremos gran confusión. Por el pronto en nuestras ciudades en esta fase indecisa ya ha surgido la figura patológica que alguien con mucho acierto ha denominado «el hombre disperso». Se trata del compañero que todos conocemos porque trabaja en nuestra oficina o empresa a la vez que da lecciones, traduce novelas, y en las horas libres, gestiona publicidad. «Hombre sin profesión pero con infinitas ocupaciones; sin tiempo, pero con tedio; se cansa, pero no laborea. Puede que tenga buena casa, pero no la vive. Este hombre no es feliz, se siente malogrado, su atención se disipa, sus actividades se deshumanizan y todo su esfuerzo lleva el sello de la esterilidad».

Es imposible que una empresa sea eficaz, cuando actúan en ella personas cuyas preocupaciones tienen su origen alejado de su intrínseca actividad. La razón única de estas anomalías reside en la timidez de los empresarios para exigir, valorar y pagar con justicia el valor del trabajo.

Todos sabemos las características de independencia que tiene el latino, pero esto no supone incompatibilidad en adaptarse a una or-

ganización y en llegar incluso al «one-track-mind» de los norteamericanos. El español requiere un período de adaptación y una selección o división del trabajo mucho más cuidadosa que la de otros pueblos. No odia la disciplina, pero su gran sensibilidad le impide ofrecer un acatamiento ciego mientras no conoce los motivos que fuerzan su imposición. Por otra parte nuestro país es mosaico de costumbres y temperamentos y sólo en los casos extremos se pueden presentar verdaderas incompatibilidades.

Nuestro tipo medio coincide en gran parte con el ideal que nos propone Bertrand Russell. «En un buen conjunto social, cada hombre debe ser a la vez héroe, hombre corriente y diente de rueda. Como héroe debe tener oportunidad e iniciativa; como hombre corriente, seguridad; como diente de rueda es preciso que sea eficiente». Una nación en estos tiempos no puede esperar grandes cosas de una sola de éstas características. En Polonia todos fueron héroes. El Occidente medio parece como si diluye cubierto de hombres corrientes. Rusia sólo nos ofrece piezas de máquina.

De aquí nuestra animosidad contra el «hombre disperso», que antes hemos descrito, porque nos parece inutilizable como diente de rueda, y aun menos, para cargos ejecutivos de dirección.

La productividad. Sus fines.—El siglo XIX, también tuvo como el nuestro su fórmula maravillosa, la cual, desgastada e inservible, está hoy prácticamente abandonada. Su historia se inicia cuando Quesnay, físico de Luis XV, introduce ideas nuevas en la técnica económica, al afirmar que «las sociedades humanas se gobiernan por leyes naturales que no pueden alterarse incluso aunque lo intentemos», pero estas leyes bajo ningún aspecto se oponen a la libertad humana, por el contrario son expresión de las relaciones que surgen *espontáneamente* entre los hombres que viven en sociedad, debiendo el legislador para garantizar el orden social y el progreso, limitarse a desarrollar la libertad individual en todos sus aspectos. Esté fué el origen del *laissez faire, laissez passer*. La ingenuidad de la época unió sus resultados al concepto de progreso, no obstante a lo inconsistente que es este término y a las vacilaciones que han tenido todos aquellos que intentaron concretar este concepto.

La definición del *progreso*, como mejora puesta al alcance de un

grupo humano, se puede decir que ha recorrido tres etapas. Primero fué un ideal ético, hacia el que todos caminábamos. Después el racionalismo trató de dar solidez a esta imagen mediante leyes (teorías filosóficas, biológicas y trascendentes). La tercera fase, más cauta, reconoce que el progresar es una aspiración fluctuante, que mientras avanza en un sentido, retrocede en otras direcciones.

Si nos situamos en esta última posición, quizá podamos aceptar alguna relación entre productividad y progreso. La productividad ofrece bienes, aprovechando al máximo la capacidad asociativa de los individuos, pero en cambio limita perspectivas y canaliza sus ideas. La intervención del Estado tiene que crecer, en fina resonancia, para planificar, evitar paro tecnológico, defender aduanas, ensanchar mercados, perseguir justas distribuciones y orientar con visión de conjunto a la iniciativa privada. Por todo ello tampoco es correcto cuando se incluye entre sus fines la manida frase «avance de civilización». El Occidente ha conocido distintas culturas, pero sólo aparece una civilización. Esta sufrió dos grandes crisis en los siglos quinto y décimo con la caída de Roma y la desintegración del imperio Carolingio. Lo que hoy entendemos por civilización es algo indefinible y tan imposible de localizar como el alma del hombre. Las bellas ideas, hermosos poemas, grandes descubrimientos, nuevas generalizaciones son como sucesivos relámpagos del pensamiento que nos han dejado un sentir propio al cual, lo que la productividad aporte apenas puede tomarse en consideración. Todo esto impone el considerar que el fin de la productividad es el conseguir extender algo más íntimo y modesto que se ha dado en llamar *bienestar*. Pero este intento no debe impedir en que paralelamente sigamos anhelando el propagar y levantar otros valores de mayor contenido ético y espiritual. Lo único es que hay que seguirles un orden. Consideraríamos casi infamante el que las personas que visitan los suburbios en su primer contacto quisieran enseñar a aquellas familias el correcto uso del cuchillo y del tenedor. «Denos usted de comer —dirían—, y entonces con gusto aprenderemos sus reglas convencionales».

Cada rectángulo de la figura equivale a millares de hombres en cuadrado, que todos siguen hacia adelante, por este camino de la productividad, llevando en sí distintas razones y buscando diferentes

fines. India con su enorme masa se queja de hambre, Japón e Inglaterra de que sus islas son muy pequeñas con relación a su enorme población. China considera que su civilización era excesivamente tradicional y hacía imposible la vida de la mayoría de los habitantes. El mujik de Rusia se ve impulsado en una empresa ideológica y de venganza, mientras el pueblo alemán sigue pensando que sus posibilidades intrínsecas son inmensas y que todos los medios son buenos para demostrarlo.

La productividad como fórmula del siglo XX, quizá dé al final origen a una Babel de la que no sepamos salir, pero de momento todos tenemos que estar convencidos que del régimen de colonias pasó a la historia, como la servidumbre y la esclavitud, y los caminos de mejora son distintos, ya que los descubrimientos no pueden hacerse hoy navegando o conquistando.

El esfuerzo pierde epopeya y tiene que dirigirse a nuestro subsuelo, a las sustancias plásticas, a los productos llamados artificiales que no son más que nuevos materiales, a las empresas hidráulicas e incluso a la inmensa energía que se esconde en el núcleo del átomo, la cual también tendremos que conocer y aprovechar, para procurar no sólo vender frutos a otros países, sino horas de trabajo dentro de una tarea organizada y eficaz que permita, además de resolver los problemas fundamentales de nuestra nación, el alcanzar para ello el nivel de vida que dentro de nuestra civilización indiscutiblemente nos corresponde.

RAMÓN DE LUCAS ORTUETA